

La vida de todos



Un libro de Anna Funder sobre la Stasi explica cómo fue posible que cada ciudadano de Alemania Oriental fuera espiado por la policía política



CÉSAR COCA

Un país en el que todos espiaban a todos. Eso fue la República Democrática Alemana (RDA), donde la policía política, la Stasi, convertía en sospechoso al ciudadano menos proclive a la rebeldía. Sus casi 100.000 empleados, ayudados por una legión de confidentes, lo vigilaban todo, lo escuchaban todo, lo leían todo. Luego lo ponían por escrito para engordar los expedientes abiertos a millones de personas. A lo largo de 40 años de actividad, la Stasi produjo tantos documentos como los conservados en los archivos históricos de toda Alemania desde la Edad Media. Allí había copias de tiernas cartas de amor de adolescentes y transcripciones de conversaciones de barra de bar, pasquines y testamentos. Ahora, un libro de la escritora australiana Anna Funder ('Stasiland. Historias del otro lado del Muro de Berlín', Rocaeditorial, a la venta desde mañana) permite reconstruir la forma de trabajar de una organización que escapaba a cualquier control para erigirse por la vía de los hechos en la máxima autoridad del Estado. Y la más temida.

El 4 de diciembre de 1989, apenas un mes después de la caída del Muro de Berlín, los manifestantes que ya recorrían sin miedo las calles de la capital entraron en la sede de la Stasi. Los guardias, como si no hubiera pasado nada, les pidieron la documentación, y los integrantes de la marcha, disciplinados por 40 años de rigor policial, se la mostraron. Luego recorrieron las dependencias entre el temor y el asombro. ¿Qué había allí? De todo: pelucas y bigotes con pegamento para fijarlos, micrófonos ocultos en bolsos y termos, y cámaras para grabar a sospechosos disimuladas en macetas, regaderas, chaquetas para hacer



Archivos de la Stasi. A la derecha, disfraces utilizados por algunos agentes. Debajo, botes de olor. :: AFP



montañismo, latas de gasolina y hasta en la puerta de un coche. También había millones de documentos, algunos tan peligrosos para la seguridad del Estado como tarjetas de cumpleaños enviadas por niños a sus abuelos y otros tan inverosímiles como un detalladísimo plan para invadir Berlín Occidental, fechado en 1985.

Un baile contra el rock

Cuenta Anna Funder que esos papeles se habían salvado de la destrucción sistemática que habían emprendido los agentes de la Stasi pocos días antes, cuando sus máximos responsables se dieron cuenta de que todo se venía abajo. Los empleados de la Seguridad llegaron a colapsar las trituradoras de papel y tuvieron que enviar agentes al otro lado del ya perforado Muro para adquirir más y mejores máquinas con las que continuar la labor. Millones de folios quedaron reducidos a tiras, y desde hace años las mujeres 'puzzle' –así se llama a las personas encargadas de reconstruir cada página, trozo a trozo– examinan montañas de papel donde está no la vida de los otros, como en el filme, sino la de todos.

Pero había algo que ni siquiera los modernos aparatos del odiado enemigo capitalista pudieron destruir: una enorme colección de 'botes de olor'. La Stasi desarrolló un método de investigación a partir del hecho, que ellos consideraban crucial, de que cada persona tiene un olor corporal distinto. Lo primero era disponer de 'huellas de olor' de quienes consideraban sospechosos. Para ello, sustraían prendas sucias, a poder ser ropa interior o calcetines, que guardaban en tarros sellados. A partir de ahí, cuando sabían que en un local se había celebrado una reunión política, cotejaban ayudados por perros los 'aromas' de la sala con los que tenían guardados.

Para escribir su libro, Anna Funder examinó numerosos documentos y habló con personas que fueron perseguidas por la Stasi y con agentes de la misma. Los testimonios de unos y otros permiten reconstruir la paranoia cotidiana de un régimen sustentado en la amenaza a la mayor parte de la población. Cuenta Funder cómo la policía política controlaba la orientación de las antenas de televisión de las casas, con el fin de represaliar a quienes las tuvieran apuntando al oeste para ver las emisiones de la República Federal. O cómo los agentes acudían a los funerales para tomar nota de cada abrazo o gesto de dolor. O cómo las personas que eran consideradas sospechosas no encontraban nunca un trabajo. Sin olvidar que salir del país solo era posible con una autorización que podía tardar muchos años en llegar y que entrañaba graves riesgos porque, con la ley en la mano, la solicitud convertía a quien la hiciera en sospechoso.

La vigilancia se extendía, por supuesto, a los mismos vigilantes. Un agente fue sancionado porque no dio cuenta a sus superiores de un asunto amoroso que mantenía al margen de su matrimonio. En cuanto su jefe tuvo noticia de ello –y se enteró muy pronto–, le llegó una sanción. No era un asunto moral, sino informativo. Lo que la Stasi quería no era evitar las infidelidades de sus agentes, sino conocerlas.

Guardaban en botes el olor de las personas, a poder ser con trozos de ropa interior o calcetines

LOS DATOS

CONSTITUCIÓN

La Stasi, o Ministerio para la Seguridad del Estado, fue creada en 1950 siguiendo el modelo soviético.

DENTRO Y FUERA

Su sede principal estaba en Berlín, pero tenía oficinas en otras ciudades; una de las más relevantes fue la de Leipzig. Disponía de una rama internacional y otra volcada en el espionaje interior. La Stasi fue disuelta a finales de 1989, tras la caída del Muro.

CONFIDENTES

En su última etapa, tenía 97.000 empleados a tiempo completo, un 50% más que el Ejército del país. Contaba también con más de 173.000 confidentes habituales. La población de la RDA era de 17 millones de habitantes, lo que da a un 'vigilante' por cada 63 personas. El número de confidentes ocasionales no ha sido concretado, pero algunas estimaciones hablan de más de un millón.

ACTIVIDADES

Estaban infiltrados en todos los ámbitos. También falsificaban documentos, hacían montajes audiovisuales, financiaron a grupos terroristas y eran responsables de la propaganda contra la RFA y los países capitalistas.

EL LIBRO

'Stasiland. Historias del otro lado del Muro de Berlín', de Anna Funder (Rocaeditorial).

Luego estaba el lenguaje, tanto verbal como de signos, elemento clave en la propaganda. En la RDA no había parados, solo gente que buscaba trabajo, y los policías se encargaban de recordárselo. Para evitar que los jóvenes cayeran en los vicios del capitalismo, el régimen inventó un baile llamado 'lip-si', que pretendía hacer frente al movimiento de caderas de Elvis que en los sesenta causaba furor en cualquier programa musical de Occidente. Y los telediarios se hacían interminables porque el locutor citaba siempre al presidente, Erich Honecker, por todos sus títulos: «Secretario general del Partido Socialista Unificado de la República Democrática de Alemania, primer secretario del comité central, presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Defensa Nacional, líder de los grupos combatientes...» y así unas cuantas líneas más. En cada telediario, Honecker salía varias veces, inaugurando granjas, visitando fábricas o felicitando a los trabajadores de una comarca.

No previeron la caída

Quien osaba criticar al régimen, siquiera en sus aspectos menos relevantes, sabía que sus ideas llegarían a conocimiento de las autoridades y sufriría algún tipo de represalia. Hubo grupos musicales que tuvieron que dejar de actuar simplemente porque fueron disueltos, sin más explicaciones, y sus discos desaparecieron del mercado. Para borrar toda huella de su existencia, llegaron a reimprimir los catálogos discográficos suprimiendo sus referencias.

Como el concepto de enemigo se fue ampliando tanto que al final todos lo eran, la Stasi necesitaba aumentar su plantilla de agentes. Sin embargo, nunca hubo pruebas de acceso. Era el cuerpo quien se dirigía a aquellos a quienes deseaba incorporar, ya fuera como policías o confidentes. Lo

mismo podían ser fanáticos comunistas que personas a quienes se daba así la oportunidad de lavar su escasa afección por el régimen o la de alguno de sus familiares.

La Stasi lo tenía casi todo previsto, sobre todo cuanto entraba dentro de la lógica del enfrentamiento. A lo largo de la RDA, disponía de varios refugios bajo tierra. En cada búnker había comida, medicinas, equipos para comunicarse con el exterior, entretenimientos diversos... Estaban preparados para resistir otra guerra mundial. Y, sin embargo, no se enteraron de lo que pasaba en su propio lado del Muro. En 1988, el Gobierno de la RDA dio la orden a su policía de que impidiera la entrada en el país de periódicos y revistas... de la URSS, porque en ellos se hablaba de reformas. Fue un intento baldío, porque el Muro se vino abajo sin que ninguno de sus espías lo anticipara, aunque es justo reconocer que tampoco nadie fue capaz de preverlo en Occidente.

Quizá por eso no se dio la orden que habría extendido una ola de terror por todo el país: desde 1980, la Stasi disponía de una lista de 85.939 personas que debían ser detenidas en caso de que se desencadenara una crisis grave. Estaba todo previsto: 840 arrestos cada dos horas, pabellones para la reclusión, avituallamiento para cada preso... Pero ni escuchas, espionaje, seguimientos o propaganda frenaron el cambio que se vivió en la RDA. El país era como un gran decorado donde se mostraba un progreso falso (en las ciudades se pintaban solo las fachadas de las calles por donde pasaban los líderes) y la única verdad inamovible era el espionaje global. Por eso, sorprende que Funder haya encontrado en los 'lander' de la antigua RDA a un número no pequeño de personas que todavía hoy justifican a la Stasi y sus métodos. Hay nostalgias difíciles de entender.